



L AND L

Pasion
Y
Venganza

PAMELA CENICEROS

Pasión y Venganza

Pamela Peniceros.

*Para mi madre y a mi hijo,
las dos estrellas que iluminan mi camino.*

*Para Nelly Darany,
gracias por el constante apoyo e impulso.*

*Para Lucia Salvatierra,
gracias por los consejos y por tu fe en mí.*

*Para todos los que me dijeron que continuara y para los que me han dicho que
desista,
gracias a todos por igual.*

CAPITULO 1

Portugal, 1400.

Uno de los puertos más importantes de Europa. Personas de todas partes del mundo llegaban buscando fortuna, prosperidad y riquezas, griegos, fenicios, musulmanes, judíos, rumanos, húngaros, pero los más acaudalados y los que abarcaron con más facilidad los comercios fueron los romanos, esos que como su sangre les dictaba, llegaron a conquistar. Entre ellos estaba el más estratega de todos, su nombre era Antonio Iustus.

Al momento de tocar puerto hizo excelente uso de su dinero y se convirtió en el mejor comerciante de todo cuanto se podía vender, especias, telas, maderas, joyas, todo lo que le significara ganancias. Así en pocos años se colocó como el mejor partido no solo del puerto, sino de todo Portugal. Poco tardó en casarse con la mujer más hermosa que encontró, su nombre era Lucrecia Samaras, la hija única de una familia griega, que al igual que Antonio llegaron con mucho dinero en los bolsillos y lo invirtieron de la manera correcta, los padres de Lucrecia al principio estaban dudosos de dar la mano de su única hija a un romano, pero al recibir la propuesta de las cinco mil piezas de plata, todas las dudas se disolvieron.

Lucrecia y Antonio se casaron con todo el lujo y la bastedad que se esperaba de una boda romana y fueron mucho más felices de lo que se pudieran imaginar. Al sexto mes de su matrimonio, anunciaron que esperaban a su primogénito y el puerto entero se regocijó ante la grata noticia.

Al octavo mes nació Catalina, muchos conocidos de la casa de Antonio y de la familia de Lucrecia esperaban que el padre se decepcionara ante la noticia de que había nacido una niña y no un varón, pero como buen romano, él bien sabía que las mujeres son tan o quizá más temibles, estrategas y frías que los hombres, así que su amor por Catalina fue infinito y día a día este se incrementaba.

A medida que el amor de Antonio, por su hija Catalina crecía, también lo hacia la amargura y el recelo de Lucrecia, ya que desde el momento en que Catalina nació, Lucrecia paso a segundo plano en el corazón de Antonio, el cual pasaba noches enteras en la habitación de su hija con ella en los brazos contándole historias de la gran roma y de lo valiosa que era la sangre que corría por sus venas, le contaba que ellos eran descendientes de grandes gobernantes y que poseían la sangre y el coraje del gran Cesar Augusto y de otros tantos. A Lucrecia le molestaba la manera en que su esposo criaba a su hija, pero él la ignoraba y no la dejaba intervenir en nada referente a Catalina.

Con los años Catalina se convirtió en una hermosa señorita y Antonio jamás quitaba sus ojos de ella, a donde fuera el padre iría la hija; mientras Lucrecia pasaba los días enteros refugiada en la capilla que su marido, al comienzo de su matrimonio, le había mandado construir como regalo de bodas.

Catalina, a sus 13 años, ya era toda una dama, instruida hasta el mínimo detalle por su padre, refinada, educada, diestra en los negocios, de porte y andar imponente y siempre del brazo de su amado padre.

Ocho semanas antes de la celebración del cumpleaños número 14 de Catalina, Antonio ya estaba enviando las invitaciones a todo aquel que él consideraba digno de tal evento y por supuesto a las familias que tenían hijos dignos de ser pretendientes de su hija. Entre las invitaciones había unas cuantas que él insistió en entregarlas en persona, las que eran para las familias más acaudaladas y para esto requería la compañía de su esposa.

-¡Querida, arréglate! -Dijo Antonia a su mujer al entrar a su habitación, mientras que esta estaba sentada frente al espejo acomodando hasta el último cabello de su peinado. -Quiero que me acompañes a casa de Kari Petrescu.

-¿Dime por favor que no invitaras a esos zíngaros?

Dijo girando hacia donde estaba su marido y sin disimular su vasta indignación.

-¡Mujer! ¡No los llames así! No son zíngaros, ni gitanos, solo tienen sangre rumana y son poseedores de títulos, títulos de nobleza, títulos heredados por sangre, no comprados como el de tu madre.

-Pues lo compro con dinero que tú pagaste por mí.

-Dinero bien gastado, -Dijo dándole la razón a su esposa y tomando con delicadeza su rostro con los dedos índice y pulgar, para dirigirlo hacia él y poderla ver a placer y con comodidad. –eres hermosa aun, tu belleza no se marchitara fácilmente y me has dado una bellísima hija, ese dinero fue la mejor inversión de mi vida querida.

-Solo te importa el dinero. ¿No?

-No, también me importa el poder y la felicidad de Catalina.

Dijo soltando su rostro y viéndose el mismo en el reflejo del espejo.

-¿Y que hay de mi felicidad?

-¡No digas tonterías, vives rodeada de lujos y joyas, vives a la altura de Claudia Actea! ¿Que mas podrías pedir? ¡Ya no pierdas tiempo, vístete, arréglate y vámonos!

Antonio salió de la habitación sin impórtale que su esposa se quedara maldiciendo, acto seguido, dos de las sirvientas de confianza y las que siempre estaban a lado de Lucrecia y eran en parte sus confidentes, entraron y empezaron a buscar el vestido adecuado para la situación.

-Señora. ¿De verdad ira con el señor a la casa de los Petrescu?

-Sí. ¿Acaso tengo otra alternativa?

-¿Y si se encuentra ahí el joven Virag?

-¡Calla imbécil! –Reprendió Lucrecia a la más joven, volteando rápidamente hacia la puerta para verificar que estuviera cerrada. –Alguien podría oírte...

-Perdone usted señora...

-Además, si acaso vemos a Virag, con pretender que nada ha pasado estará bien y de todos modos, lo más probable es que este en donde Héctor...

-¿O conquistando doncellas?

-Si...

-¿Eso no le da celos señora?

-¡Claro que no! Virag y yo solo satisfacemos a la carne, no hay amor de por medio.

-Señora... ¿Eso no es pecar?

-El Santísimo perdona mis pecados, el sabe que mi carne es débil, pero también sabe que mi alma le pertenece a mi Dios y creador y que es blanca como la nieve.

Lucrecia tenía ya más de un año escondiendo su lasciva relación con Virag Petrescu y por más que lo negara, el joven le atraía de una manera enfermiza, pero Virag por su parte solo tomaba a Lucrecia como una mujer más donde descargar su pasión y el hecho de que fuese casada y con alguien tan poderoso como Antonio Iustus, solo lo excitaba más.

Virag a sus 25 años, gozaba de quitarle la virtud a cuanta doncella se lo permitiera, gustaba de las chicas muy jóvenes, pero tampoco le negaba placer a las damas casadas y un poco olvidadas de sus esposos; en cambio jamás había conocido el amor verdadero, ni le interesaba conocerlo, jamás tuvo siquiera planes de comprometerse, ya que al ser el tercer hijo de cuatro en su familia, no sacaría ganancia alguna del matrimonio, ya que a su hermano mayor le correspondía heredar el título y a su hermana menor le correspondía el dinero como parte de su dote, así que mientras fuera soltero, seguiría viviendo bajo la cómoda sombra protectora de su familia.

Cerca de las dos de la tarde, Antonio y Lucrecia, llegaron a casa de los Petrescu e inmediatamente fueron anunciados, rápidamente una sirvienta los condujo hasta la sala familiar. Durante el recorrido Lucrecia observaba con muchísima atención los detalles de aquella casa, quizá con atención demás. La casa estaba decorada con alfombras finas y cuadros vistosos, las paredes eran color cereza, el techo negro con detalles dorados y estatuillas de marfil por todas partes, todo en aquel lugar desbordaba lujo, los floreros, las estatuillas y las molduras, elegante casi al punto de la exageración.

-Vez Antonio, -Dijo Lucrecia en voz baja y mirando con recelo a su alrededor. –por más acaudalados que sean, no dejan de ser unos vulgares gitanos.

Pero Antonio solo la ignora, ya estaba acostumbrado a que su esposa fuera así de grosera en sus comentarios hacia aquella familia. Pero lo que no sabía Antonio era que con esos comentarios Lucrecia escondía la sórdida relación que mantenía con Virag.

Los Petrescu los recibieron con toda la cordialidad que caracteriza a los rumanos y para fortuna de Lucrecia y como ella lo esperaba, Virag no se encontraba en casa.

-Me disculpo por mi hijo. -Dijo Kari a sus invitados. -Han de saber que gusta de pasar mucho tiempo en los locales del puerto en compañía de Héctor.

-Y de Lucia... -Dijo sonriendo Mica, la hija menor de Kari. -Un día me gustaría ver a mi hermano casado con Lucia, es una chica hermosa y heredara la renta de los locales de su padre, necesitara a un hombre.

-Eso ya depende de Virag, si él la considera para el matrimonio, lo más probable es que ella acepte.

La plática giro en torno a los hijos y sus futuros. El solo hecho de imaginar a Virag tocando, besando y gozando de otra piel que no fuera la de ella, hacía que Lucrecia ardiera en furia y a la vez ardiera de lujuria al recordar todas las veces que la había poseído este joven prohibido para ella.

Después de una hora de estar en la casa de los Petrescu y ya que la invitación había sido entregada y confirmada, Antonio y Lucrecia salieron de nuevo de ahí.

Al llegar a su habitación, Lucrecia no podía soportar la presión de su corset, la rabia que sentía por esa chica Lucia le estaba quemando por dentro y de inmediato llamo a una de sus sirvientas, a la más joven y más rápida para las diligencias.

-Cecile, quiero que vayas y busques al joven Virag, de seguro esta en los puertos, dale esta carta.

-Pero señora...

-¡¡Hazlo!!

Lucrecia necesitaba con urgencia sentir cerca a Virag, sentir sus manos sobre su piel, sentirlo dentro de ella una vez más.

La chica de servicio salió corriendo de la habitación, pero al dar la vuelta al pasillo hacia las escaleras sintió una mano que la tomó del cabello y que dolorosamente hizo que se detuviera.

-¿Que llevas ahí?

Era Catalina. La linda, radiante, amable e inocente Catalina, se terminaba cuando su padre no la veía, lejos del ojo de Antonio, Catalina era otra persona, una persona temible.

-No es nada...

-¡Atrévete a negarme lo que traes en las manos y te juro que no volverás a entrar a una casa decente en tu vida!

-Es una carta... -Temerosa se la entregó a Catalina. -Es para el joven Virag...

-¿De nuevo? -Catalina la leyó con rapidez y la volvió a doblar exactamente como estaba originalmente y se la devolvió a la asustada chica. -Toma, ve y entrégala.

-¿Le dirá algo al señor?

-Claro que no, mi padre moriría de la vergüenza, mi madre ya pagara por sus pecados... ¡¡Lárgate!! Y pobre de ti si dices algo.

La asustada chiquilla corrió sin parar hasta los puertos.

Lo que nadie sabía en esa casa, más que la joven recadera de Lucrecia, era que Catalina sabía todo acerca de su infiel madre, pero Catalina no pensaba decir ni hacer nada hasta el momento más adecuado, entonces los haría pagar, tanto a su madre como a Virag.

Semanas después, el día de la celebración del cumpleaños número catorce de Catalina, había llegado y ningún invitado había faltado a tal evento. Catalina lucía radiante y Antonio no cavía de orgullo al ver como admiraban a su hermosa hija.

Desde la baranda del segundo piso, Catalina vio como los Petrescu eran anunciados y de inmediato puso sus ojos sobre Virag, que a pesar de estar en presencia de toda una multitud, miró con descaro a Lucrecia y a su vez esta se ruborizó, entonces

Catalina supo que ese sería el día de su venganza, por fin podría defender el honor de su amado padre.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

